

vidad durante la década de 1820, no hay pruebas de un mayor empleo de técnicas ahorradoras de trabajo. La deflación impulsó cambios institucionales como la liberalización de los derechos de propiedad y la secularización de la propiedad eclesiástica, lo cual estableció «los cimientos[...] de un nuevo modelo que hizo posible el ciclo de crecimiento a partir de los años 1840» (p. 99).

Mats Morell propone un extenso repaso de la literatura reciente sobre los procesos económicos y demográficos en Suecia durante los dos últimos siglos. El autor sugiere una periodización que se basa en los niveles de vida establecidos a partir de datos de estaturas. El argumento es que el nivel de vida cayó al mínimo en los años 1720, aumentó hasta, aproximadamente,

1815 y declinó hasta 1860, para aumentar de nuevo a partir de esta última fecha. Este desarrollo no se vio muy influido por las crisis de corto plazo, sino por el cambio en el largo plazo de la relación entre producción agrícola y población. Este resultado es muy diferente del modelo planteado por Abel y Labrousse. Una vez más, en este artículo las malas cosechas y los altos precios para los consumidores no se contemplan como el motor principal del cambio rural: también influyeron, de modo complementario, otros fenómenos exógenos y endógenos.

Johannes Bracht y Ulrich Pfister

Universidad de Münster

(Traducción de S. Calatayud)

Arturo Martínez Moya

La caña da para todo. Estudio histórico cuantitativo del desarrollo azucarero dominicano (1500-1930)

Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2011, 739 páginas.

La producción de azúcar en la República Dominicana, pese a que cuenta con varios estudios generales y sobre diversos temas y épocas, no goza de un acervo de investigaciones históricas comparable al disponible en el caso de otros productores, y particularmente al de las vecinas Puerto Rico y Cuba. El libro de Arturo Martínez Moya contribuye a resolver esa carencia en una cronología muy extensa, que arranca en los tiempos de la colonización española y concluye al iniciarse la crisis de 1930.

Aparte de lo mencionado, que de por sí es suficiente para comprender el valor de *La caña para todo*, el libro tiene otras virtudes concernientes a sus fuentes y metodología. En primer lugar, no se trata sólo de un estudio del sector azucarero, sino que investiga su peso en la economía y sociedad dominicanas. En segundo lugar, lo hace combinando métodos históricos y económicos y, dentro de estos últimos, técnicas de análisis cuantitativas macro y micro, lo que permite al autor medir el efecto de los factores productivos –inversiones, cambios

tecnológicos—, las modificaciones en el marco institucional, las políticas aplicadas, las estrategias empresariales, en sintonía con las exigencias del mercado, así como precisar su impacto en los rendimientos y costes de los ingenios, además de estimar el PIB y la contribución de la industria y comercio del dulce. En tercer lugar, ese tipo de ejercicio no se realiza con el fin de paliar mediante estimaciones y modelos económicos la ausencia de datos, dado que el autor consulta y sintetiza una ingente cantidad de documentación, primaria y secundaria, para su estudio y sus cálculos: la práctica totalidad de la historiografía acerca de los temas que aborda y las fuentes publicadas, cualitativas y estadísticas, diversos fondos de los archivos generales de la nación y, particularmente, los papeles de la casa Vinici, la más importante corporación azucarera dominicana. Finalmente los análisis se plantean en perspectiva comparada, fundamentalmente respecto a los casos de Cuba y Puerto Rico.

El trabajo se estructura en dos partes con criterio cronológico. La primera, realmente introductoria, analiza la historia azucarera y económica dominicana desde el siglo XVI hasta la industrialización del ingenio, que comenzó en la década de 1860. Los capítulos examinan los estudios sobre el tema y las estadísticas disponibles y llegan a la conclusión de que factores institucionales y políticos impidieron un desarrollo y modernización de la producción de dulce similar al de las Antillas no españolas. Además, cuando se modificó dicho marco en el resto del Caribe hispano y empezó a implantarse en él el sistema de

plantación esclavista establecido en aquellas desde el decenio de 1640, la expansión sustancial de su oferta de azúcar sólo fue posible tras la revolución de Haití (1791), que desalojó del mercado al principal exportador del mundo en ese momento y dejó a disposición de la competencia la trata africana que antes se dirigía a él. Ahora bien, en Santo Domingo, que compartía con esa colonia francesa la isla homónima, lo que predominó entonces fue el impacto negativo de tal acontecimiento, la presencia de tropas de Francia, a la que España cedió incluso el territorio en 1795, los conflictos en su frontera y su ocupación final por el ejército haitiano en las primeras décadas del siglo XIX, situaciones que impidieron que tuviesen igual efecto práctico las referidas reformas coloniales y pudiesen aprovecharse las excepcionales circunstancias que el mismo acontecimiento proporcionó para producir azúcar en las vecinas Cuba y Puerto Rico.

La segunda parte del libro y el núcleo de su investigación, se dedica al período posterior a la década de 1860, cuando la República Dominicana alcanzó su independencia efectiva, tras la expulsión de los haitianos y una breve restauración del dominio español. Coincidiendo con la Segunda Revolución Industrial y la progresiva abolición de la esclavitud en el resto del Caribe, que se completó en el decenio de 1880, el país modernizó su producción azucarera y consolidó su posición en el mercado de dulce con bastante eficiencia, mayor en todo caso que en la vecina Puerto Rico y, si bien inferior a la cubana, con una progresiva reducción de las diferencias de

costes. El capítulo se estructura de un modo diferente, analizando en secciones diferentes la materia prima y el transporte, el mercado de trabajo y el capital, para proponer finalmente un modelo de crecimiento.

Como en sus capítulos iniciales, en la segunda parte de *Caña para todo* se examinan pormenorizadamente las tesis historiográficas respecto a los principales procesos y problemas del crecimiento azucarero dominicano, se mide el efecto de los distintos factores de producción y el impacto en la economía nacional y en la sociedad. Cuando es posible, se hace de modo agregado, para todos los ingenios, y si la información es insuficiente se utiliza y extrapola la de los centrales de la casa Vinici, que han estado por completo a disposición del autor. Toda la información cuantitativa se presenta ordenada y seriada en un extenso apéndice que es una de las principales aportaciones del libro. Con esa metodología, Martínez Moya fundamenta dos tesis principales y correlacionadas. En primer lugar, que el trabajo tuvo una aportación sustancial al crecimiento de la oferta de dulce, incluso en los períodos iniciales, cuando fueron mayores las inversiones, pero fue proporcionalmente mal retribuido, lo que ocasionó fuertes inequidades en la distribución del ingreso. En segundo lugar, y trasladando tales conclusiones a términos macroeconómicos, que los costes de dicho crecimiento del producto de los ingenios superaron los beneficios económicos agregados.

Las razones primordiales que se alegan como explicación de las conclusiones es que la financiación de la industria y el cre-

cimiento azucarero se hizo con capital foráneo, el cual, al contar con trabajo barato (a lo que ayudaba, además, la disposición de mano de obra en otras islas del Caribe, menos costosa incluso que la dominicana) y con una presión fiscal muy baja, repatrió a sus lugares de origen parte de los beneficios y no generó suficientes efectos multiplicadores sobre la economía. Aparte de que los bienes de capital se traían del exterior, en una economía exportadora y abierta la competencia de las importaciones y la falta de crédito suficiente provocó un escaso desarrollo de la oferta interna no destinada al sector externo. Por otra parte, la referida baja presión tributaria impidió un gasto público en infraestructuras y fomento que compensase esas deficiencias; y el bajo nivel salarial comentado, que aún así era mayor en las plantaciones e ingenios cañeros que en otros sectores, tampoco permitió incentivos desde el lado de la demanda, que además se satisfacía en parte con las importaciones. Finalmente, los beneficios que, en compensación, hubiese podido reportar para el país la especialización productiva se expatriaron en parte debido a los costes financieros y a los aranceles de los países importadores, en especial de Estados Unidos, de donde también procedieron la mayoría de las inversiones. Martínez Moya señala que la industria azucarera de la República Dominicana afrontó con relativo éxito los inconvenientes que se le fueron presentando, pero con una progresiva merma de su contribución absoluta al PIB.

En general, las tesis que defiende *Caña para todo* están bien fundamentadas, sus

análisis son razonablemente buenos y correctos, contrastados y cotejados comparativamente con lo que sucede en otros países productores de dulce del entorno dominicano. Quizás la mayor salvedad es la medición del impacto económico del crecimiento azucarero, basada en una estimación del PIB que, por la contabilidad utilizada, parece infravalorar la oferta interna no exportadora en una economía en la que nunca dejó de predominar la agricultura de subsistencia. Este es el principal defecto del libro, junto con la ausencia de una reflexión contrafactual que plantee si, pese a los efectos no suficientemente positivos de la especialización azucarera, hubiesen sido posibles otras alternativas y, en todo caso, si éstas hubiesen tenido como resultado un crecimiento mayor y mejor distribuido. El diferencial salarial del trabajo en los ingenios y sus plantaciones cañeras, la capacidad de éstos para atraer inversiones, generar infraestructuras y comercio y sus efectos multiplicadores sobre el resto de la economía, pese a que podrían haber sido mayores, parecen indicar que en el contexto económico internacional de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del XX fueron la mejor opción posible. Quizás una comparación con la vecina Haití habría arrojado algunas luces al respecto.

El otro problema que presenta el libro es de índole técnico. El autor carece de suficiente capacidad de síntesis y el discurso es muy repetitivo y reiterativo. En cada uno de sus capítulos se retoma el análisis y explicación de aspectos que ya se habían abordado en otros anteriores y lo mismo ocurre con la discusión historiográfica, que

se estructura por obras y autores en vez de por problemas. Sin duda este es un defecto inherente a que Martínez Moya no es historiador profesional, sino vocacional. Su carrera se ha centrado en la actividad política y empresarial, aunque, sin embargo, esto le aporta un vasto e integral conocimiento de la República Dominicana, de la que se beneficia su obra. Tales deméritos, sin embargo, no son óbice para que *Caña para todo* constituya la aportación reciente más relevante al conocimiento de la industria azucarera y la economía de dicho país y un magnífico recurso para futuras investigaciones gracias a sus análisis y a su detallado y excelente anexo estadístico.

Antonio Santamaría García

Escuela de Estudios Hispano-Americanos,
C.S.I.C.